

La puerta de la fe, X Jornadas de Teología

Discurso de apertura

Juan Francisco Comendador Prisuelos

Excmo. Sr. Obispo, autoridades académicas, profesores, alumnos y asistentes a estas jornadas:

La semana pasada, uno de los periódicos locales de la isla recogía en su suplemento cultural una larga entrevista a Antonio Gamoneda, con motivo de la aparición de un nuevo poemario tras años de silencio creativo. El titular que anunciaba la entrevista en la portada del suplemento decía lo siguiente: «Soy agnóstico; el ateísmo lleva consigo una voluntad y una preocupación que yo no tengo». Me satisfizo profundamente que el Premio Cervantes se ocupase de la cuestión de la fe, porque confirmaba la sospecha de que ésta continúa siendo un asunto, si no central, al menos sí de interés para muchas personas. No importa la dirección de su pronunciamiento, destinada a la meta espesa de la indiferencia, por la sencilla razón de que su postura se antoja absolutamente *razonable*, en el sentido más literal de la palabra: el agnosticismo es producto de la razón, histórica y genéticamente. Si una cierta frivolidad postmoderna nos llevase a sustituir la palabra *ateísmo* en las declaraciones del poeta por la palabra central que nos ocupa en estas jornadas, *fe*, el resultado final nos seguiría pareciendo igualmente razonable. «Soy agnóstico; la fe lleva consigo una voluntad y una preocupación que yo no tengo». Qué duda cabe que si el poeta se hubiese pronunciado en estos términos hubiese seguido contando con nuestra solidaridad intelectual y anuencia estética.

En este juego lingüístico emergen, sin embargo, un principio y un equívoco. El primero ha de subrayarse con trazos gruesos: tanto la fe como el ateís-

mo son posturas laboriosas, para nada cómodas, que requieren un esfuerzo, una determinación firme, un empuje único, personal, intransferible. La voluntad y la preocupación a las que alude el poeta astur-leonés no son sino el trasunto del carácter responsorial tanto de la fe como del ateísmo. Porque tanto una como otro son respuestas; respuestas a la llamada interior y personal que Dios hace a cada hombre a abandonarse a él. Este es el principio a subrayar: la fe es un sí a Dios, y el ateísmo un no. Un sí o un no que no son pronunciados únicamente por la razón, sino que nacen del pequeño parlamento de voces que constituyen toda existencia humana. El cuerpo, el lenguaje, el corazón, y no sólo el cerebro dicen e informan la fe o su envés, que es el ateísmo. Un sí o un no que siempre se pronuncian con dolor, con esfuerzo, con pasión.

El equívoco que conviene despejar es el siguiente: no es lo mismo ocuparse de *la cuestión de la fe* que *ocuparse de la fe*. No es lo mismo vivir la fe que diseccionar el significado de la fe, que medir su alcance, que desvelar su necesidad o su carácter responsorial, comunitario o lingüístico, ritual o ético. Ocuparse de la fe es vivir la fe; ocuparse de la cuestión de la fe es pensarla. A este respecto, señala Henri de Lubac:

«La fe es abandono. El creyente no debe llenarse de teorías. Está bien que se sirva de ellas. Si quiere pensar su fe, las teorías le son indispensables. Unas teorías sólidas y auténticas. Pero que se cuide muy mucho de quedarse prendido a ellas, como a un bien propio de su inteligencia. La fe debe participar en el privilegio de la caridad: la fe no intenta asir su objeto, sino fundirse en él»¹.

En estas jornadas nos hemos propuesto pensar la fe. El teólogo jesuita nos advierte de que la fe no se sustenta en teoría alguna, por muy convincente que parezca, ni desde luego, se articula como una filosofía, en el sentido moderno, hegeliano, de sistema generador de sentido –no olvidemos que no pocos Padres hablaban de la fe cristiana como *verdadera filosofía*. Lo que querían decir es que la fe cristiana constituía el acceso a la sabiduría auténtica, abría un horizonte de comprensión verdadera de lo humano a partir del Cristo–.

Nos hemos propuesto pensar la fe, porque pensar la fe es un ejercicio de amor a Dios. Esta afinidad entre pensamiento y amor fue captada admirablemente por Simone Weil, a quien volveremos a citar en esta tarde, quien nos dejó un hermoso ensayo titulado: *Reflexiones sobre el buen uso de los estudios esco-*

¹ H. DE LUBAC, *Paradojas* seguido de *Nuevas Paradojas*, Madrid 1997, 7-8.

lares como medio de cultivar el amor a Dios. Las lecturas de la misa de ayer, domingo, dan cuenta de esto. Hay un matiz interesantísimo en la formulación del *mandatum novum*, tal como nos lo ha entregado Lucas. El Deuteronomio lo recoge en los siguientes términos: «Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas». Jesús hace un añadido importante: «Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, *con toda tu mente*, con todo tu ser». Con toda tu mente. Amar a Dios es también un ejercicio racional: o sea, la fe, que es sinónimo del amor a Dios, para ser vivida, ha de ser pensada.

Ahora bien, pensar la fe, extraer sus consecuencias prácticas, políticas o espirituales –en el sentido pietista del término– no garantiza su vivencia (aunque pensar la fe sea un ingrediente esencial de la experiencia de la fe). A esta radical diferencia entre pensar y vivir la fe, entre ocuparse de la cuestión de la fe y ocuparse de la fe, se ha referido Benedicto XVI en la Carta apostólica *Porta fidei*, que da título también a nuestras jornadas:

«Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas» (*Porta fidei*, 2).

Existe el riesgo de volatilizar la fe en un circunloquio infinito, en una nube de palabras (consecuencias, presupuestos, preámbulos, eclesialidad... de la fe) que oscurecen su carácter responsorial –de abandono, de confianza absoluta en Dios–, y por tanto su carácter también eminentemente personal e íntimo. La fe se juega en el corazón de cada ser humano. En absoluto significa esto que la fe sea un asunto de la interioridad, de espiritualidad, en el sentido comercial de la palabra: los evangelios no son libros de auto-ayuda. No es lo mismo un *caballero de la fe* que un *consumidor de la fe*. No hay nada más anti-evangélico que la búsqueda de uno mismo, por más que una fe vivida rectamente exija el re-conocimiento humilde y agradecido de quien uno es. La fe se expresa, se formula, se vive, en un estilo de vida cristiano que surge del seguimiento de Jesús. No hay un estilo de vida que es consecuencia de la fe (unos hábitos, unos valo-

res, una gestualidad compartida, etc.), sino que la vida cristiana es la misma realización de la fe². Nos lo dice claramente el apóstol Pablo: lo que vale, para la salvación es «la fe que actúa por medio del amor» (Gal 5, 6). El amor y la fe son dinanismos inextricablemente unidos: no se puede creer sin amar. Y el amor es acción.

Hemos estructurado estas jornadas en tres bloques, dejándonos guiar por la imagen sugerente con la que el Papa abre la Carta Apostólica *Porta fidei*:

«La puerta de la fe» (cf. *Hch* 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. *Rm* 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. *Jn* 17, 22). Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo– equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. *I Jn* 4, 8): el Padre, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su muerte y resurrección redimió al mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor» (*Porta Fidei*, 1)

La vida cristiana, la plasmación concreta de la fe cristiana, que es descrita como vida de comunión con Dios en la Iglesia, se asemeja a un hogar, a una casa, que tiene una puerta de entrada, y un amplio umbral. Permítanme que les vaya describiendo cada uno de estos espacios. Lo haré desde dentro hacia fuera, por la sencilla razón de que nos hallamos más familiarizados con el espacio interno de la casa. Creo que es así, pero no estoy seguro. Ha sido el mismo Benedicto XVI quien me ha hecho dudar al decir eso de que «la puerta de la fe [...] está siempre abierta *para nosotros*». ¿Qué significa este «para nosotros»? Entenderán que presuma que el Papa es un hombre creyente, y que al hablar en primera persona del plural tiene en mente al conjunto de los creyentes que se encuentran ya en la casa. ¿Querrá decir Benedicto XVI que es posible habitar en la casa, creer estar dentro del hogar eclesial, sin haber atravesado la puerta de la fe? Espero sinceramente que alguno de los ponentes que intervienen en estas jornadas despeje este interrogante.

² Cf. J. ALFARO, «La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano», *Concilium* 21, 1967, 56-69.

Hemos titulado al tercer bloque de estas jornadas «La mesa compartida». La mesa es el espacio de comunión por excelencia en toda cultura. En torno a ella se celebran y fortalecen los vínculos que unen a los miembros de una familia y a los amigos. También la mesa es el centro de la vida cristiana: la Eucaristía es mesa compartida, espacio de comunión de todos los santos, los de la Iglesia celeste y los de la Iglesia visible; comunión con los santos que brota de la comunión con *el Santo*. La comunión con Dios y la comunión con la Iglesia alcanzan su expresión y realización máximas en la mesa compartida de la Eucaristía. Estas dos dimensiones –comunión con Dios y comunión con la Iglesia– síntesis perfecta de un estilo de vida modelado por la fe cristiana, serán abordadas en las conferencias de D. Salvador Pié Ninot y D. Francisco Conesa, que llevan por título *Fe e Iglesia. Sentido comunitario de la Fe y La fe, encuentro con una Persona a la que se le confía la propia vida*.

La puerta de la fe –el título de las jornadas y del segundo bloque– es un espacio ambivalente: por la puerta se entra, pero también se sale. Un espacio sumamente interesante. De nuevo las palabras del Papa: «la puerta de la fe [...] está siempre abierta *para nosotros*» (los creyentes, ¡los de dentro!). Escribe un paisano suyo, Herman Hesse: «Fe y duda se corresponden mutuamente, se pertenecen de modo complementario. Donde nunca se duda, tampoco se cree cabalmente»³. Parece que conviene a los de dentro asomarse a la puerta de vez en cuando (a coger aire), a fin de que el espacio interior se torne paradójicamente más habitable.

Pero también están los que estando fuera, se asoman por la puerta a ver qué hay dentro, sin terminar de decidirse por entrar. Simone Weil encarna este persistente empeño por atravesar la puerta de la fe cristiana, un empeño que fracasa debido a la parálisis moral:

«Los lazos que me unen a la fe católica se hacen cada vez más fuertes, están cada vez más profundamente enraizados en el corazón y la inteligencia. Pero, al mismo tiempo, los pensamientos que me alejan de la Iglesia ganan también en fuerza y claridad. Si estos pensamientos fueran realmente incompatibles con la pertenencia a la Iglesia, apenas habría esperanza de que pudiera alguna vez participar de los sacramentos. De ser así, no veo cómo evitar la conclusión de que mi vocación es ser cristiana fuera de la Iglesia»⁴.

³ H. HESSE, *Lecturas para minutos, I*, Madrid 2008, 68.

⁴ S. WEIL, *Carta a un religioso*, Madrid 2011², 17.

Anota en sus diarios Thomas Merton lo siguiente a propósito de Simone Weil:

«Simpatía hacia Péguy, hacia Simone Weil, que prefirieron no estar en medio de la página católicamente aprobada y bien censurada, sino únicamente en el margen. Y se quedaron ahí como signos de interrogación, poniendo en cuestión no a Cristo, sino a los cristianos»⁵.

Dos ponencias y una mesa redonda quieren aproximarse a la puerta, describir el horizonte que se vislumbra desde fuera y desde dentro: *La herida de la fe: entre presencias y ausencias de Dios*, de Francisco García Martínez, y *Claves de una Nueva Evangelización*, de Juan Jesús García Morales, y la mesa redonda *Razones para la fe*.

Último bloque: el umbral. Así describíamos en el programa de las jornadas esta sección: «El agnosticismo, “postcristianismo”, laicismo, pluralismo religioso, son posturas que configuran nuestro contexto cultural. Sus interrogantes y razones manifiestan inquietudes ante las que la fe cristiana no puede permanecer indiferente». La conferencia de D. Antonio González Vieitez –*La fe cristiana en el mundo actual desde los ámbitos de la no creencia*– y la mesa redonda *Razones de la increencia* ocupan este espacio. He de pedir perdón a los amigos ateos, agnósticos, poscreyentes o descreídos (aquí presentes) que, con legítima razón, protestan por ser ubicados en el umbral, un lugar en el que no han pedido que se los instale. Pareciera como si, ubicándolos allí, los considerásemos potenciales creyentes, indecisos de atravesar la puerta de la fe. Nada más lejos de la realidad. Hay una tensión dialéctica insuperable entre los que habitan dentro y los que habitan el umbral, entre la Iglesia y la humanidad.

En el primer número de la revista *Concilium*, sin duda uno de los vehículos privilegiados de la difusión del Concilio Vaticano II, del que igualmente hacemos memoria agradecida en estas jornadas en el quincuagésimo aniversario de su apertura, escribe E. Schillebeeckx:

«Es claro que se está desarrollando un *proceso de eclesialización* en la humanidad entera y un proceso de “*secularización*” *santificadora* en la Iglesia. Dentro de límites impalpables –trazados por la palabra, el sacramento y el ministerio, que son funciones de servicio– las fronteras entre Iglesia y humanidad van desvaneciéndose. En el encuentro explícito con Cristo en su Iglesia se nos ofrece en modo

⁵ E. SCHILLEBEECKX, «Iglesia y humanidad», *Concilium* 1, 1964, 65-94, 91.

objetivo la forma completamente realizable de nuestro ser de cristianos. Por eso esta Iglesia debe ser una casa realmente habitable»⁶.

Una casa realmente habitable. Hace cincuenta años ya un teólogo usaba esta imagen sugerente, que hoy, siguiendo a Benedicto XVI, nos orienta en el acercamiento al insondable universo de la fe. El umbral no es ajeno al hogar, es la antesala para muchos, pero siempre un espacio donde habita el hombre, y la causa de la Iglesia es la causa del hombre.

Como ustedes saben, mi presencia en esta mesa presidencial en esta tarde se ha debido a la convalecencia de Pepe Alonso, quien inicialmente y a lo largo de todo el período de preparación de las jornadas asumió la coordinación de las mismas. Quienes le hemos acompañado en la comisión preparatoria hemos sido testigos de la ilusión y el buen hacer con que ha afrontado este desafío. El tema –la fe– era sencillamente muy suyo, por no decir “su tema”. Me he dado cuenta de ello al releer la *Carta a sus amigos “que dicen” que no son creyentes*, contenida en el libro-homenaje *Desde el borde de tu existencia*. Permítanme que sea Pepe, a quien ahora humildemente presto mi voz, quien cierre esta intervención:

«En estos momentos de mi vida que he narrado me han acompañado amigos y amigas creyentes y no creyentes [...]. Las reflexiones que he ofrecido han estado quizá inconscientemente más encaminadas a los que se sitúan en la perspectiva de mi fe [...]. Estoy convencido que también ustedes valoran la experiencia de fe como motivo fundamental de una vida y como fuente generadora de cultura, pensamiento y valores para nuestra realidad social variada y multicolor [...]. Mis amigos no creyentes son muchos y me alegra haber pasado mi vida metida entre ustedes [...]. He aprendido mucho de ustedes porque en muchas cosas son más coherentes con sus ideas que yo con las mías. De muchos de ustedes he tenido que aprender a poner los pies en la tierra, a dar razón de mi fe, a dudar de mis convicciones para reconstruirlas continuamente [...]. Me parece que ha llegado el momento de centrar nuestras fuerzas en descubrir todo lo que nos une para hacer una cadena de resistencia frente a todas las situaciones de un mundo inhumano que impone sus criterios despiadadamente.

He sentido la exigencia de profundizar seriamente en las raíces de mis convicciones al mismo tiempo que he trabajado para comprender los esquemas de pensamiento no coincidentes con los míos. He intentado ejercitar al máximo el diálogo y la confrontación. He aprendido a situarme en postura de búsqueda que no en la

⁶ E. SCHILLEBEECKX, «Iglesia y humanidad», *Concilium* 1, 1964, 65-94, 91.

Juan Francisco Comendador Prisuelos: *La puerta de la fe, X Jornadas de Teología.*
Discurso de apertura

desorientación. He hecho propósitos permanentemente de hablar menos y testimoniar más, no para convertir sino para ser fiel al Señor en quien creo.

[...] En toda esta aventura yo he garabateado respuestas desde mi fe. Ahí está mi experiencia que ofrezco con respeto a otros modos de vivenciar situaciones parecidas»⁷.

⁷ E. CABRERA (ED), *Desde el borde de tu existencia. En diálogo agradecido con Pepe Alonso*, Las Palmas de Gran Canaria 2012, 52-54.